

OTRAS LETRAS

¿Por qué insultan?

Los estereotipos sobre religión, género o cualquier otra cosa son como el cáncer». Debe de ser un peli-groso bolchevique quien sentencia algo así por Twitter. O un cómplice de ese buenismo blando que defiende valores universales y tiembla cuando se cuestionan. A esos exigentes morales se insulta en estas horas con un asco desconcertante. Se están escribiendo cosas brutales contra quienes recuerdan que las sociedades más golpeadas por el terrorismo yihadista son las musulmanas; que tras el atropello cobarde de las Ramblas se han sucedido los comunicados de repulsa de comunidades no católicas. Se ha insinuado que el atentado no se hubiese producido con otra alcaldesa en la ciudad. Se ha dudado de que algunos estuviesen compungidos. Se ha sospechado de todos los musulmanes. Se ha hablado de Dios contra Alá, convirtiendo el viejo ecumenismo en una chufia. Se ha evitado recordar qué es el EI, qué pasó en Afganistán y en Irak y qué cosas hizo Occidente en la región. Se ha hecho mofa de quienes han apelado a la concordia y a la solidaridad y al emigrante que llevamos dentro. La presentadora Paula Vázquez escribió en Twitter: «Crecí en L'Hospitalet, barrio de inmigrantes, marroquíes, negros, gitanos, gallegos, ecuatorianos, andaluces. Ellos hacen grande a BCN. Stop racistas». Una declaración de un blanco nuclear, una descripción de una sociedad de la que estar orgullosa. Pero estallaron los bárbaros. Uno le contestó: «Tanto bótox no puede ser bueno y tú, vieja pelleja, eres la prueba». Otros vomitaron cosas parecidas. Un tal Marcos: «Vas a comparar a gallegos o andaluces con negros, gitanos o marroquíes, deja la farlopa, payasa!». El bolchevique de los estereotipos se llama Arnold Schwarzenegger.

Vuelta de hoja

Las flores de las Ramblas



● Miguel Anxo Murado
Escritor y periodista

La Rambla de las Flores se llama así porque en el siglo XIX era la única calle de Barcelona en la que estaba permitido venderlas. Esto la convertía en una explosión de color. «La quintaesencia de Barcelona, cuya belleza cambia con cada estación del año», escribía Alexandre Ciriaci. Las floristas de entonces eran una aristocracia de la venta callejera. Reunían a su alrededor a señoritos enamoradizos que les escribían poemas y les daban la lata. Fue allí, por ejemplo, donde el pintor impresionista Ramón Casas encontró a su famosa modelo Júlia, una joven vendedora de lotería y rosas a la que primero pintó adornada con flores y después se casó con ella. El lugar es ahora una sombra tenue de lo que fue. Desde hace ya algunos años que los floristas de las Ramblas se quejan de que su negocio va mal. En parte es la venta por Internet, en parte los cambios en las costumbres sociales, que hacen que cada vez se expresen menos los sentimientos por medio del lenguaje de las flores. Y en el caso de las Ramblas es sobre todo el nuevo turismo que solo compra recuerdos baratos. Los puestos de floristería se han reducido a la mitad y los que quedan no tienen más remedio que alternar la «flora y

planta» con los *souvenirs*, las postales de los jugadores del Barça, las pulseras de colores y los imanes con forma de flamenca para poner en la puerta de los frigoríficos. Puede que un día desaparezcan las flores de la Rambla de las Flores de Barcelona, como un día dejaron de escucharse los cantos de los pájaros que se vendían también allí junto con su paquetito de alpiste. Y sin embargo, la Rambla es todavía, como decía Andreu Artís hace muchos años, un calendario que le sirve a Barcelona para saber en qué estación está. Si se ven mimosas y margaritas es que es

invierno: si jazmines, azuleas o amapolas, es primavera: dalias y crisantemos, otoño... Por supuesto, hoy en día los invernaderos permiten encontrar casi todo tipo de flores a lo largo del año, pero el precio hace que sigan predominando las que son de temporada. En teoría, uno podría saber en qué momento del año está con los ojos cerrados, simplemente respirando el aroma. El ataque del jueves ocurrió en agosto, con lo que imagino que en los puestos de las flo-

ristas habría sobre todo gladiolos, y puede que dalias o nardos. Con toda seguridad habría rosas, que en Barcelona se valoran tanto que a raíz de la fiesta de Sant Jordi se ha fijado su cotización en paridad con el libro. Así que olía a verano cuando la furgoneta de los terroristas, blanca como la muerte, empezó su recorrido ahí, justo antes de la Rambla de las Flores. Pasó veloz golpeándolo todo, las personas y los kioscos, dejando a su paso cuerpos y flores desperdigadas, un reguero de sangre y rosas rojas. Para cuando se detuvo frente al Teatro del Liceo, las Ramblas eran un río de dolor y muerte. No muy lejos, en una pared, una de las pintadas de la campaña contra el turismo de masas en Barcelona dice en inglés «Kill tourists» (Matad turistas). Y ha ocurrido. Hay que tener cuidado con lo que se escribe. La palabra escrita funciona a veces como un ensalmo y no distingue entre las hipérbolas y los deseos. Pero dejemos eso. A las pocas horas del ataque empezaron a aparecer los homenajes espontáneos a las víctimas: velas, papeles con eslóganes ingenuos... También flores. Imaginé que algunas de esas flores serían de las que se venden en la Rambla de las Flores, o incluso de las que quedaron por el suelo en la matanza y la estampida. Serán gladiolos, puede que dalias o nardos, y con toda seguridad rosas rojas.



ILUSTRACIÓN ED



GRACIAS

A todos nuestros socios.

Por su generosa colaboración con la que podemos apoyar al Museo a través de donación de obras de arte y otras acciones.

Tú también puedes colaborar y disfrutar de los ventajas de ser socio

www.amigosmuseoreinasofia.org
c/ Santa Isabel, 52 - 28012 - Tel: 915 304 287
asociación@amigosmuseoreinasofia.org